

“Arreglos y desarreglos familiares” (Centroamérica y Nicaragua)

*Anna M. Fernández Poncela**

A VECES ES FÁCIL, demasiado fácil, jugar con las palabras, el ingenio no borra la crueldad y el dolor de las duras condiciones de supervivencia física, psicológica y social de grandes sectores de la población en nuestro continente, pero quizá por unos segundos la aminora, y el humor es no sólo sano sino una fuente de crítica todavía no suficientemente explorada, es por ello que el título del artículo propone una combinación lúdica de vocablos.

A pesar de la ampliación y profundización de las investigaciones en torno a las familias a raíz del Año Internacional de la Familia de Naciones Unidas en 1994, poderosas son las fuerzas que todavía reproducen el discurso del modelo de “familia ideal y tradicional”, y el ejemplo más reciente en el ámbito internacional han sido las discusiones suscitadas a raíz de “Plataforma para la Acción” en la Conferencia Mundial de la Mujer de Naciones Unidas.¹

Pero hay sociedades y pueblos que por razones de su formación histórica y las condiciones de su actual estructura social y el modelo cultural hegemónico, el tipo de familia ideal tradicional es todavía

* Profesora-investigadora del Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

1 El Vaticano y sus seguidores se quejaron por las pocas veces que la palabra “familia” aparecía en el documento, y manifestaron su disgusto e inconformidad, porque se hablaba del término en plural, esto es, recogiendo o posibilitando –según ellos– la existencia y libertad de familias formadas por parejas homosexuales, uniones libres y familias monoparentales encabezadas generalmente por una mujer.

más difícil de encontrar. Una de estas regiones geográficas es Centroamérica, y en concreto Nicaragua, que vamos a abordar con más detalle en estas páginas. El título de este texto juega precisamente con esta dificultad, intentando ir más allá de un simple juego de palabras, dar espacio a la pluralidad y diversidad de formas y estructuras familiares que existen en la realidad, y que están lejos del modelo ideal tradicional que, de forma obstinada, ciertas legislaciones y concepciones religiosas todavía reproducen y predicán, ajenas a la realidad del medio social en el cual pretenden inscribirse y representar.

Este trabajo es fundamentalmente una descripción de los arreglos y desarreglos familiares de una región, un país y una comunidad determinada, destacando algunos fenómenos, tales como, la jefatura femenina, la maternidad temprana, la unión libre y la familia extensa. Se trata de un ejemplo concreto de cómo se organiza la estructura y función familiar —desde su origen hasta su adaptación actual—, cómo se reparten y reproducen roles y cómo se recrean estereotipos.

Centroamérica: una breve aproximación general

En Centroamérica debido a la influencia o persistencia de los patrones culturales de familia heredados, aunada al incremento de la pobreza, la crisis, la inestabilidad social y política, e incluso bélica en los últimos años, ha tenido lugar una diversificación de los tipos de composición de las familias: familia nuclear, nuclear extendida, hombres con dos familias en paralelo, mujeres solas jefas de hogar, convivencia de varias familias nucleares, etc. (Fernández, 1992).

Se calcula que 70% de la población centroamericana vivía en condiciones de pobreza a mediados de la década pasada (Menjívar y Trejos, 1992). Y un elevado porcentaje de las familias, alrededor de 66% como media regional (Cuadro 1), tenía grandes carencias de necesidades básicas, lo cual determina o influye, hasta cierto punto, los arreglos o desarreglos familiares que se configuran muchas veces

en aras de la sobrevivencia cotidiana, sin por ello olvidar el arraigo de ciertas tradiciones culturales.

Cuadro 1
Estimaciones de pobreza en Centroamérica

	% Pobres		% Pobreza extrema	
	Familias	Personas	Familias	Personas
Costa Rica 1986	19	23	10	12
Nicaragua 1985	64	70	32	29
Honduras 1988	78	81	55	60
Guatemala 1988	83		65	
El Salvador 1985	86		49	

Fuente: Cuadro elaborado según datos de Menjívar y Trejos, 1992.

De entre los sectores más afectados por la pobreza, la crisis y el ajuste destacan los grupos étnicos y la población femenina e infantil, los más pobres y desprotegidos de la estructura social jerárquica (Fernández, 1995).² Las condiciones de vida de las mujeres centroamericanas son duras: los altos niveles de pobreza, y la baja cobertura de los servicios de educación y salud, entre otras cosas, son importantes.³

- 2 Hablar de las mujeres como de “las más pobres entre las pobres” o de la “feminización de la pobreza”, es ya un lugar común para la región centroamericana, como en otras latitudes.
- 3 Por otra parte, existe una muy “relativa” participación socioeconómica y política creciente en las tres últimas décadas, aunque muy inferior a los hombres del área, o la que tiene lugar en otras zonas del continente. Lo que todas las centroamericanas tienen en común es que enfrentan diversas prácticas discriminatorias en la legislación y el desarrollo social de cada país (García y Gomáriz, 1989).

La población femenina de la región padece de forma más incisiva las consecuencias de la pobreza, tanto en razón de pertenecer en su mayoría al sector social de más bajos ingresos, cómo por su condición de subordinación en las relaciones de género en la vida cotidiana, y una ciudadanía considerada de segunda categoría en relación con las instituciones. Pero además, un porcentaje alto de éstas son jefas de hogar de grupos domésticos extensos (Cuadro 2).

Cuadro 2
Algunos indicadores sociales de las mujeres centroamericanas
en los años ochenta

	Costa Rica	Nicaragua	Honduras	Guatemala	El Salvador
% Mujeres pobres (1985) ^a	28.0	69.8	79.0	83.0	87.0
% Jefas de hogar (1985) ^a	17.9	28.8	21.6	11.9	26.4
Tasa total de fecundidad (1990) ^b	3.3	5.5	5.6	5.8	4.9
% Mujeres activas económicamente (1990) ^b	24.0	28.0	21.0	16.0	29.0

Fuente: Cuadro elaborado según datos extraídos de *a*) Menjivar y Trejos, 1992; *b*) UN, 1991.

En general los hogares encabezados por mujeres que son la mayoría de los monoparentales –un solo progenitor–, se encuentran en condiciones desventajosas en el sentido que suelen coincidir con más altos niveles de pobreza y un mayor número de menores –por lo tanto menos ingresos familiares– en su seno. El abandono y la irresponsabilidad paterna suele ser una de las causas más frecuentes de dicha situación (Fernández, 1992) (Cuadro 3).

Cuadro 3
Jefatura de hogar y declaracion de pareja en Centroamérica %

	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua
Jefes hombres 1987	82.5	73.4	85.0	79.6	75.7
Jefes mujeres 1987	17.5	26.6	15.0	20.4	24.3
1990-93 Área urbana	20.0	-	46.6	-	28.0
Jefes mujeres 1987	22.7	31.3	21.0	27.3	30.3
1990-93	24.2	-	-	-	37.0
Jefes hombres sin pareja	9.5	13.0	-	8.8	9.7
Jefes mujeres sin pareja	95.5	94.5	-	96.8	85.3

Fuente: Fauné, 1995.

La crisis y el ajuste han puesto una doble carga sobre las mujeres pobres, en primer lugar –como decíamos– por el hecho de ser pobres –tienen muy pocos o ningún ingreso– y en segundo lugar por ser mujeres –económicamente son las más explotadas y responsables material, social y afectivamente del hogar–. La reducción y el deterioro del mercado de trabajo y los servicios públicos las llevan a sumergirse en el empleo informal, incrementar su trabajo no remunerado, y a desarrollar algunas estrategias de sobrevivencia familiar, profundizando su responsabilidad doméstica, agotamiento, y desesperanza, y empeorando sus ya difíciles, de por sí, condiciones de vida (Fernández, 1996).⁴

4 Algunos estudios de caso han mostrado de forma terriblemente gráfica no sólo las nefastas consecuencias de la crisis y el ajuste en estos países, sino su incidencia marcadamente negativa sobre las familias y la población femenina pobre, en concreto. Por un lado, el desempleo y la precarización del empleo de las mujeres,

Nicaragua: una investigación contextual.⁵ Orígenes, historia y configuración de la familia

La familia nicaragüense en sus funciones y estructura es heredera del modelo colonial y del modelo indígena.

En un breve recuento histórico, puede afirmarse que el sistema de peonaje del siglo XVII, que precisaba mano de obra y por tanto una reproducción extendida de la fuerza de trabajo, se imbricó con ciertas libertades sexuales de las antiguas culturas nativas (Sejourné, 1971). El índice de fecundidad aumentó y fue importante el proceso de mestizaje (Romero, 1988). Durante la época de la colonia se combinaron las costumbres poligámicas de caribes, chorotegas y nicaraos —originarios pobladores de estas tierras—, con los intereses de la corona española y su modo de producción sobre la base de un sistema amplio de peonaje y semiproletarización —trabajo temporal—. Así fue como la libertad sexual fue aceptada —cuando no promovida— en contradicción con la doctrina cristiana que los mismos extranjeros predicaban.⁶

especialmente las de pocos recursos que requieren aportar al ingreso familiar o las jefas que son las que consiguen el ingreso en exclusividad. Por otro lado, el recorte del gasto social que tanto incide en las mujeres como responsables de la familia. Luego está la sobrecarga de trabajo —autoexplotación— y estrategias de sobrevivencia familiar desarrolladas por las mujeres y encaminadas a paliar los efectos de la crisis desde una concepción de la familia como colchón amortiguador de la misma y a las mujeres como sus administradoras. Y por último, la explosión de la violencia social e intrafamiliar de la forma más clara y despiadada. Otro factor todavía poco estudiado, y de gran transcendencia es el costo psicosocial del ajuste económico, esto es, todo aquello que tiene que ver con el temido mundo de las enfermedades mentales femeninas, consecuencia de una situación de stress, miedo, ansiedad y angustia desbordantes y galopantes (Fernández, 1996).

⁵ Los datos e informaciones vertidas en este apartado provienen en su mayor parte de la investigación bibliográfica y documental realizada para mi tesis de doctorado (1992); sin embargo, han sido actualizadas y reelaboradas específicamente para este texto.

⁶ Las esclavas y mujeres del pueblo en general en edad fértil eran muy apreciadas y sus precios superiores al resto, muestra de la necesidad de la reproducción de

Estos antecedentes contribuyeron a crear un relativo patrón de conducta de libertades sexuales socialmente ejercido, hasta cierto punto, en nuestros días; practicado de hecho, aunque velado en las declaraciones al respecto que mantienen la imagen del ideal de monogamia y fidelidad normativa de la iglesia. La subordinación doméstica y el modelo de relaciones sociales nicaragüense se entronca en parte con la necesidad de la reproducción biológica y social del capitalismo dependiente y subdesarrollado que descansa en la familia.⁷ Queda así fijado el núcleo de las relaciones múltiples y bigámicas, en donde la poliginia masculina –varias parejas paralelas en el tiempo– y la hipergamia femenina –varias parejas sucesivas en el tiempo– encuentran sus orígenes históricos.

La introducción en la economía de agroexplotación del café a finales del siglo XIX, y del algodón en la década de los años 50 del presente, extendieron los cultivos estacionales y el empleo de obreros agrícolas temporeros. Las formas coloniales patriarcales y serviles existentes se refuncionalizaron, sobre la base de las nuevas exigencias productivas y reproductivas, lo que disgregó y desarticuló definitivamente a la familia campesina. La transición hacia estructuras capitalistas de producción y el proceso de conformación del proletariado agrícola, de forma arbitraria y violenta reafirmó y apuntaló estas formas de organización familiar existentes (Wheelock, 1984).

Otros aspectos, tales como el traspaso de población campo-ciudad, la precarización de la vida, el alcoholismo, la irresponsabilidad paterna, las migraciones económicas y políticas al extranjero, fueron factores que sumados a la explicación histórica anterior configuraron

la mano de obra para el sistema de explotación colonial en haciendas. Además estas mujeres indígenas solían trabajar en sus casas como hilanderas y su producción era requisada como tributo (Romero, 1988).

- 7 La familia campesina tradicional estaba formada por varios núcleos de descendencia patrilineal, en donde tenían cabida las madres solteras, consecuencia del derecho a pernada de los colonos, las violaciones de los soldados y los concubinatos con el patrón o sus hijos de las que servían en casas particulares (Romero, 1988).

un modelo de grupo doméstico con jefatura femenina en un alto porcentaje.

Por ejemplo, un estudio a inicios de los años 70 en la capital informa del 48% de jefas de familia entre las mujeres encuestadas, cifra que aumenta en las áreas más depauperadas. La familia pobre se caracterizaba por su unión alrededor de la figura materna y por su elevado número de hijos, muchas veces de diferente padre, pero siempre de la misma madre (Téfel, 1978).

En una investigación en torno al sujeto social de la insurrección sandinista (1979), más de la mitad (54%) de los participantes son hijos ilegítimos y casi la mitad (47%) se crió y vivió hasta los 12 años en familias con una sola cabeza: la madre (Vilas, 1984).

Según un informe de inicios de la década de 1980, en 34% de hogares urbanos en el ámbito de todo el país –60% para Managua– está ausente el padre, la madre es la que responde económicamente de la casa y de los hijos (IHCA, 1984).

La familia de los sectores populares reúne unas características determinadas que se imbrican en torno a la desintegración y la inestabilidad. La legitimación del modelo de familia monogámico en apariencia, jurídica, ética y religiosa, se superpone con el modelo de relaciones poligámicas reales en la práctica cotidiana. La monogamia es endeble, tanto para hombres como para mujeres, aunque la presión social aplaude a los primeros, y la acusación moral encausa a las segundas. Existe sin embargo, cierta permisividad, no exenta de celos y tragedias, que parece remontarse a las antiguas culturas que habitaban la región (Oviedo, 1977).

Tipos de familia

En Nicaragua en general, las familias suelen ser extendidas en el sentido de agrupar más miembros que los de la familia nuclear –padres e hijos–, y no es frecuente, especialmente en los sectores populares, encontrar un hogar compuesto únicamente por la pareja y su prole. A veces conviven las tres generaciones –abuelos, padres,

nietos—, o se observa la presencia de hermanos y otros parientes de forma frecuente.

Sobre los tipos de familia, se puede decir que la familia nuclear extensa y las familias monoparentales, mayoritariamente con cabeza femenina, son las más abundantes. Según algunas investigaciones de mediados del pasado decenio había 24% de hogares encabezados por mujeres (INEC, 1985); cifra que para inicios de la presente década se elevó, según algunas fuentes, a 28% (INEC, 1992). En otro estudio de 1990 se detectó que la forma organizativa más abundante era la de un progenitor con sus hijos 38.3% y dentro de esta categoría 75% de los hogares tenía una jefa mujer y 3.6% hombre; en segundo lugar estaba la familia nuclear 31.5% en donde 55% de las mismas eran encabezadas por un hombre y 6.4% por una mujer; en tercer lugar, 27.8% eran familias nucleares extensas con 42% de jefes hombres; y finalmente, 2.4% de núcleos unipersonales y otro tipo de composiciones (FIDEG, 1990).⁸

Para 1991 se detectó 45.3% de familias nucleares, de las cuales 53% tenía un hombre a la cabeza y 7% una mujer; había 29.4% de familias nucleares extensas con 35% de ellas que tenía como jefe a un hombre; y en tercer lugar 17.2% de familias formadas por un jefe y sus hijos, de entre las que 84% de los jefes eran mujeres y 3% hombres (FIDEG, 1991).⁹

Una encuesta analizada personalmente, detectó 61% de familias nucleares y 39% de formaciones familiares extensas, de las cuales forman parte la mitad de las madres solteras y con unos ocho miembros de promedio en su grupo. La ausencia temporal o permanente de los hombres crea un gran número de unidades familiares incompletas en ambos modelos (Cenzontle, 1989).

8 Hay que remarcar que de 65% de hogares pobres que existen en Nicaragua, 46% están encabezados por mujeres, 27% son familias nucleares extensas y 24% familias nuclear (FIDEG, 1990).

9 Estos informes apuntan a que de un 70% de hogares en condiciones de pobreza, 67.5% tienen jefatura masculina y 72.5% femenina (FIDEG, 1991).

A pesar de las variaciones en cuanto a las cifras, lo que queda claro es que la familia nuclear extensa y la monoparental con cabeza femenina están muy extendidas en este país.

Matrimonio y emparejamiento

En los sectores socialmente más deprimidos prolifera la "unión libre".¹⁰ Por ejemplo, el estudio ya mencionado de principios de los años 70, describía cómo el porcentaje de los casados civiles era 47.3, y 32.7% el eclesiástico. Por otra parte, 23.2% declaraba convivir en unión libre, y 12.1% no respondía, seguramente bajo la presión social por ocultar dicha situación; la suma de estos dos grupos alcanzaba 35.3% de la muestra trabajada (Téfel, 1978).

Hacia mediados de los 80 el número de emparejamiento era 53.7%, mediante relaciones consensuadas no legalizadas (27.1%) o por medio del matrimonio (26.6%). Las uniones libres parecen haber aumentado, así como, los estados civiles de separados y divorciados. Y es a partir de la edad de 35 años cuando el matrimonio gana terreno estadístico a la unión. En lo referente de forma específica a las mujeres, se calcula que un tercio de entre 15 y 19 años están o han estado conviviendo en pareja, y dos tercios entre los 20 y 24 años declararon estar o haber transitado ese estado civil, lo cual reafirma la juventud en cuanto al inicio de las relaciones conyugales, que además generalmente van ligadas en esta sociedad a la procreación (INEC, 1985).

La encuesta citada arrojó los siguientes datos: 60% de mujeres de más de 16 años afirmaba vivir en pareja y 40% estaban solas. De estas últimas interesa destacar que 24% son solteras y 16% viudas, divorciadas o separadas (7% y 9%, respectivamente). El 81% de las mujeres tienen hijos. Había por lo tanto un alto porcentaje de mujeres acompañadas, pero es más alto el de mujeres madres, de lo cual se

10 No es extraño encontrar parejas en el área rural, que se casan tras varios años de convivencia y varios hijos en común, cuando tienen una mejor situación económica para festejar la celebración familiar.

desprende una importante cantidad de mujeres solas con hijos, como hemos visto y seguiremos viendo en estas páginas (Cenzontle, 1989).¹¹

El ejercicio de la maternidad

Las mujeres son casi 52% de la población total de éste país de poco más de tres millones y medio de habitantes. De las cuales 50% tiene menos de 15 años y dos terceras partes no alcanza los 35. Se calcula que de ellas 42% integran el grupo en edad fértil —de 15 a 45 años— (INEC, 1989; UNICEF, 1989).

La tasa de fecundidad es elevada: 5.5 hijos por mujer en el medio urbano y siete en el rural (INIM, 1989), si bien la tendencia indica una reducción gradual. Según un estudio de Naciones Unidas, las tasas globales de fecundidad para 1970 en Nicaragua eran 7.09, y pasaron a ser 5.94 en 1985 (Buvínic, 1990).

El inicio de la vida sexual es relativamente temprana. Se da la cifra de 38.28% de mujeres entre 14 y 16 años que conviven con hombres, y entre los 14 y 19 años el número se eleva a 72.72% (IHCA, 1984; SPP, 1988). El mayor porcentaje de fecundidad en Nicaragua se asocia a las mujeres comprendidas entre los 20 y 30 años (Morales, 1989).

Y si bien últimamente parece descender la fecundidad por mujer, tiene lugar un aumento en la juventud de las que se convierten en madres, y entre las mujeres que conviven mediante una unión consensual sin estar casadas, mientras disminuye entre las que sí lo están. El rejuvenecimiento de la maternidad se ha destacado en el

¹¹ De entre las solteras y según esta misma fuente, se detectó que 27% del total tienen un promedio de 2.4 hijos, de las cuales solamente una cuarta parte tienen más de 35 años. Las madres solas —solteras, separadas y viudas— suman en total 32%. El 40% de las mujeres que viven en pareja forman parte de una unión libre y no están casadas. Y un 63% de estas mujeres reconocieron que su compromiso de pareja no era ni total ni de carácter permanente (Cenzontle, 1989).

período que va de los 15 a los 24 años, mientras que se reduce a partir de esta edad (Epema, 1983; SPP, 1988; Morales, 1989).

El hecho de que un elevado número de mujeres que viven acompañadas sin estar casadas, o solas, y con mayor número de hijos se asocia a sectores rurales y estratos más precarios económicamente —más necesitados de medios y recursos—, y con menos grados de educación —menos capacitados para acceder a determinadas ocupaciones—, hace pensar en que más allá de la ignorancia atribuida por algunos autores, la elevada natalidad se trata más de una estrategia material y cultural. Se pretende con ello obtener beneficios materiales a corto plazo —a través del compañero— y largo plazo —mediante los hijos—, y reconocimiento y valoración social lo antes posible, de ahí la juventud del inicio de relaciones sexuales, emparejamiento y procreación (Fernández, 1992).

Existe pues, una fecundidad diferencial a nivel de estratos sociales y áreas geográficas, asociada al estilo de “desarrollo desigual” que reina en el país. A medida que la familia incrementa su ingreso, la fecundidad descende, también se observa que la fecundidad de las mujeres con cuatro o más grados de instrucción es casi 50% más baja que las de tres o menos grados de instrucción. O cómo la población femenina con educación en el área rural tienen un mismo nivel de fecundidad que las que carecen de instrucción en la ciudad.

Los sectores medios y urbanos recurren más a la planificación, en parte porque contrariamente a los sectores campesinos, en especial los más desfavorecidos y en familias encabezadas por mujeres, la maternidad no es tan necesaria ni como prestigio social —hay algunos sectores de profesionales o amas de casa de clase media con otras pretensiones y aspiraciones—, ni para retener al hombre —porque al margen de las infidelidades y cambios de pareja, la estabilidad es más corriente—, ni para que el hijo se encargue de mantener a la madre, ni como mano de obra para el campo o la distribución de trabajos y ampliación de ingresos para la sobrevivencia en general de las familias de recursos exiguos —son los padres los responsables en principio de cubrir sus necesidades— (IHCA, 1984; Morales, 1989).

Dentro de la familia, la mujer-madre tiene un papel importante como responsable de la sobrevivencia material. Es también sostén y pilar emotivo e ideológico, porque cubre las necesidades de intimidad, comunidad y seguridad del grupo familiar. Su identidad básica de género en esta sociedad es la de madre por encima de todo, responsable de la familia y cuidadora del hogar, y como siempre, al servicio de los demás.

El trabajo doméstico

Las mujeres y hombres adultos emplean más de 90% de su tiempo a actividades relacionadas con la reproducción. Los hombres dedican 79% al trabajo por percepción de ingresos –ya sea asalariado o por cuenta propia– y apenas 9% al relacionado con las labores domésticas. Es la mujer la que dedica más tiempo y esfuerzo a la familia, un 95% de su tiempo en total, 56% de éste se desenvuelve en torno a las tareas del hogar y el abastecimiento, principalmente.

Como ilustración un día de una obrera agrícola está formado por 18 horas, dedicando 53% del tiempo a actividades reproductivas. La trabajadora de la industria tiene un horario diario entre 15 y 16 horas entre la fábrica y la casa. Una campesina trabaja más de 18 horas al día sumando producción y reproducción (CIERA, 1981; Otero y Vanden, 1986; INIM, 1987).

El poder en el hogar

Sin embargo, y a pesar del importante peso del papel de la mujer en la familia –material y afectivamente–, el hombre parece dominar en el ámbito ideológico y en la toma de decisiones en el hogar, y eso a pesar también, de su intermitente presencia, su reducida aportación económica, y de su irresponsabilidad paterna y familiar en numerosas ocasiones.

Una investigación a principios de la década de los 80 señalaba la ausencia del padre en 34% de los hogares urbanos en el país, cifra que se incrementaba hasta 60% en Managua. Pero en 45.98% de los mismos era el hombre el que decidía sobre la conducta de los hijos, y la mujer lo hacía únicamente en 19.32%. Respecto al número de hijos a tener, el hombre parecía decidir también en 23.96% de los hogares consultados, mientras la mujer en 13.93%. Sobre el cambio de casa 25% lo decidía los hombres, y 15.05% las mujeres tenían la palabra. Existe una tendencia más alta de “poder paternal” en las clases altas y medias, que en las bajas, en relación directa a la estructuración, tipo de familia y actividad económica (IHCA, 1984).

Se destaca la actitud y conducta pasiva y aparentemente sumisa de muchas mujeres a modo de estrategia adaptativa, y la prepotencia violenta de los hombres, que responde al condicionamiento del modelo histórico-cultural y social imperante. La trama valorativa de la sociedad parece considerar como una cosa “normal” estas pautas, convertidas en habituaciones, y fácilmente perdona y olvida la irresponsabilidad masculina y sanciona –formalmente o por presión social indirecta– el descuido femenino del hogar y los hijos, o cualquier variación al comportamiento que de la mujer se espera como mujer, madre y esposa, llegándola a tratar de “desnaturalizada” y sin sentimientos (Fernández, 1992).

Un reparto de la ciudad de leon: un estudio de caso¹²

Formas de convivencia y residencia

Las formas de convivencia y residencia dicen mucho de la composición y organización de la familia y el grupo doméstico. A la vez tienen

12 Este capítulo contiene algunas informaciones y datos del trabajo de campo realizado también para mi tesis doctoral (1992). Concretamente en la ciudad de León –al norte de Nicaragua– de unos 40 mil habitantes y en el reparto Juan Ramón Sampson en el área de Río Chiquito al sur de dicha ciudad, donde viven 165 familias que agrupan a 942 personas en total. Se trabajó con datos

que ver con la concepción y desarrollo de estrategias de sobrevivencia material y la expresión de valores y modelos culturales determinados.

En el reparto estudiado —Juan Ramón Sampson en la ciudad de León— y respecto a la convivencia, los hogares encabezados por la pareja son mayoría 49.69%. Le siguen los que asume la responsabilidad la mujer adulta sola 24.24%, un elevado porcentaje que se relaciona con el alto índice de mujeres que trabajan —aunque no coincide—. Y a continuación, la convivencia de varias familias bajo un mismo techo, compartiendo la misma vivienda, que representa 21.21% (Cuadro 4).

Cuadro 4
Formas de convivencia familiares

Convivencia			Residencia		
	Núm.	%		Núm.	%
Pareja	82	49.69	Origen	21	25.60
			Procreación	57	69.51
			Sola	4	4.87
Mujer sola	40	24.24	Origen	18	45.0
			Procreación	21	52.5
			Sola	1	2.5
Varias fami- lias	35	21.21	Origen	3	8.57
			Procreación	31	88.57
			Sola	1	2.85
Hombre solo	8	8.84	Origen	1	62.5
			Procreación	5	0.0
			Solo	0	37.5
TOTAL	165	100		165	100

Fuente: Encuesta Alcaldía, 1990.

cuantitativos de una encuesta de la Alcaldía de León (1991), y con datos cualitativos de entrevistas en profundidad, historias de vida, talleres participativos y observación participante, todo ello de elaboración propia (1990-1992).

Sobre este último punto la convivencia se basa en este caso no en las redes de ayuda mutua que se establecen en otras sociedades bajo condiciones económicas difíciles y adversas, sino fundamentalmente en la existencia de familias de dos o tres generaciones, y por filiación entre hermanos que con sus respectivos núcleos familiares cohabitan en la casa de sus progenitores. Tratándose siempre de una convivencia entre familias con vínculos parentales y relaciones de carácter consanguíneo; la mayor parte de las veces a la espera y bajo la expectativa de conseguir vivienda propia.

En cuanto a la residencia, la de la familia de procreación que contiene las dos generaciones padres-hijos es la más usual en el reparto 66.06%, seguida por la familia de origen de tres generaciones, con abuelos-padres-hijos, y que representa 28.48%, cifra nada desdeñable (ver Cuadro 5).

Cuadro 5
Formas de residencia familiares

Convivencia			Residencia			
	Núm.	%		Núm.	%	
Familia Procreación	109	66.06	Sola	21	19.26	
			Pareja	57	52.29	
			Varias familias	31	28.44	
			Solo	0	0	
Familia Origen	47	28.48	Sola	18	38.29	
			Pareja	21	44.68	
			Varias familias	3	6.38	
			Solo	5	10.63	
Solos	9	5.45	Sola	1	11.11	
			Pareja	4	44.44	
			Varias familias	1	11.11	
			Solo	3	33.33	
TOTAL	165	100		165	100	

Fuente: Encuesta Alcaldía, 1990.

Entre estas últimas destacan algunos grupos o colectivos de mujeres de varias generaciones que conviven alrededor de la figura de la abuela —la madre de la madre—, eje central a través del cual se teje una compleja red de relaciones familiares y de parentesco, que comprende intereses diversos, desde los sentimientos a la economía, pasando por la redistribución de las tareas del hogar. Son configuraciones que tienen mucho que ver con sociedades de familia extendida, y donde la matrilinealidad y la matrifocalidad coinciden a menudo. Dicha estructura doméstica es el sostén económico, cultural y afectivo, alrededor del cual se suele organizar algún tipo de negocio familiar para la sobrevivencia y la redistribución posterior de los ingresos en el grupo doméstico (Fernández, 1992).

Hasta cierto punto, esta estructura familiar aquí expuesta, contempla una fuerte desintegración del modelo presentado como ideal por ciertos sectores dominantes de la sociedad y deseado por la gente en general y las mujeres en particular: la pareja estable —monógama— con hijos, bajo el cálculo o certeza de una mayor tranquilidad material y emocional. Las mujeres combinan así la persecución de un espejismo, mientras se adaptan con relativa facilidad a la reproducción del modelo que se da en la realidad: el rosario de abandonos por parte de los hombres adultos del núcleo familiar, partos y lactancias continuados, responsabilidades materiales y afectivas, y la obligación de realizar trabajo para la obtención de ingresos familiares.

Sin embargo, y como ya se ha señalado, en la comunidad hay un relativamente alto porcentaje de familias formadas por parejas de procreación —comparativamente con otros lugares y situaciones del país—, por una serie de características como la antigüedad del reparto (años 60) y el relativamente alto nivel cultural y de capacitación profesional etc.; aunque éste no coincide con las condiciones materiales de vida, vivienda, trabajo y servicios que son pésimos en general.

Un gran porcentaje de las mujeres somos jefas de hogar, y hay que trabajar, en la prostitución, en el sector informal, y cuidar por los hijos, y a veces se encuentran que el macho quiere gobernarle su

dinero ¿verdad? Y a veces ella no entiende que la está explotando... ellas son las que mantienen el hogar prácticamente, ellas son las que dan la cara por su hijos, por su casa si se les está cayendo, en todos los aspectos, pues. De cada 10 mujeres, seis o siete son jefas de hogar. (Entrevista Carlota, pobladora León, 1991)

Pero también destaca la presencia de mujeres solas al frente de los hogares que salen adelante como salieron sus madres y sus abuelas, y seguramente saldrán sus hijas. Varias de las mujeres entrevistadas, sino la mayoría eran miembros pertenecientes a esta tipología –ya sea por viudez, abandono o separación–.

Mantenimiento material del hogar

A la hora de ver quién aporta ingresos en la pareja, en 44.24% de hogares ambos cónyuges colaboran en el mantenimiento del hogar, y en 29.69% es únicamente el hombre quien lo hace según los datos obtenidos (Cuadro 6).

Cuadro 6
Responsabilidades familiares en cuanto a mantenimiento
económico y trabajo por generación de ingresos

Concepto	Núm.	%
Trabaja la pareja	73	44.24
Trabaja el hombre	49	29.69
Trabaja la mujer	9	5.44
Hombres solos	11	6.66
Mujeres solas	23	13.93
Total de familias	165	100

Fuente: Encuesta Alcaldía, 1990.

En cuanto la proporción de mujeres solas, que laboran para el mantenimiento de la familia, ésta alcanza casi 14%, siendo una cifra considerable, es comparativamente menor que las dadas en el ámbito nacional (65%) (INEC, 1992).

Conviene recordar que se habla aquí de un trabajo con percepción de ingresos para el mantenimiento familiar y las tareas domésticas son también trabajo. Dichos quehaceres son asumidos de forma casi exclusiva por las mujeres, y no contabilizados en las fuentes estadísticas.

“Los maridos no ayudan, los quehaceres domésticos los hacemos las mujeres”, afirman ellas, y ellos las confirman diciendo: “Mi señora hace el trabajo de la casa, me levanto, y si no está el desayuno ahí me voy...”. (Entrevista Petrona y Juan, pobladores Managua, 1990)

El porcentaje de tiempo dedicado a actividades de sobrevivencia según los testimonios recogidos es muy alto. En general se ha observado que las mujeres trabajan entre 16 y 17 horas por día. La mayoría de ellas realizan doble o triple, cuando no cuádruple jornada de trabajo. En el sentido que además del trabajo doméstico, desarrollan uno o dos trabajos para al percepción de ingresos –uno formal y otro informal–, y algunas de ellas todavía participan en organizaciones sociales de la comunidad o la ciudad. Alrededor de la mitad de ese tiempo (siete horas), lo dedican a las tareas domésticas y el resto a las actividades denominadas “productivas”.

Generalmente suelen aportar casi el total de sus ingresos en el mantenimiento de la casa y los hijos, mientras el salario del hombre se destina en una cantidad respetable a la recreación personal en general, como indican varios comentarios y ratifica la observación realizada al respecto. Se habla de un 40% de hombres en el reparto que tienen responsabilidades familiares y que son alcohólicos, situación habitual en este país.

Así pues, la mujer es el sujeto del núcleo reproductor que contribuye con más tiempo y esfuerzo a su mantenimiento, como persona que se dedica al trabajo doméstico y comunal, como asalariada o por

cuenta propia, además del cuidado y afecto vertido en sus hijos principalmente.

“El padre y la madre a la vez” o “la mamá de la comunidad”

Como hemos visto se dan habitualmente casos en los que las mujeres son jefas de hogar, con todas las responsabilidades a su cargo. Las mujeres “andan solas”, las han abandonado, “porque el hombre es más mujeriego” explican algunas de ellas. La dedicación a la familia se da de forma exclusiva en el sentido de que ellas son como declaraban: “el padre y la madre a la vez”. Esta es una característica del país que tiene que ver tanto con cuestiones de índole histórico-económica, como con asimilaciones culturales muy extendidas, en la configuración de la familia, que ya hemos comentado.

La mujer vende tortillas, hace tamales, tapa el déficit del hombre, la mujer se tira a lo que sea, las madres son las responsables, el hombre a veces no mira qué hacer... (Carlota, León, 1991)

A la mujer se le adjudica mayor iniciativa y más asunción práctica del rol de proveedora familiar, mayor fuerza y sobre todo un más alto grado de madurez y responsabilidad. Es característico el empuje de la mujer ante las dificultades económicas familiares para diseñar y ejercitar actividades de sobrevivencia o reorganizarse su propia cotidianidad, mientras el hombre abandona, huye físicamente o a través del alcohol.

“...la mujer agarra una pana (cesto) y compra algo y se va a vender, está preocupada por el hogar” y “Sale a lavar, a planchar, vende cajeta (dulce de leche), leña...” (Entrevista Isabel, pobladora León, 1991)

La mujer ha de sacar adelante a la prole porque ella es la que “le tiene hijos al hombre”, para que éste se jacte de su capacidad de engendrar, mérito máximo de un macho en esta cultura. “Me tienen

cuatro” o “me tienen seis” expresan los hombres, dejando claro que ellos no colaboran en ese cuidado ni siquiera muchas veces cuando conviven con ellos dentro de un núcleo familiar, más o menos estable. La mujer, por su parte, precisa de un hombre para su respeto social como persona y autovaloración, y de “tenerle hijos” para mantener la ilusión de mantenerlo a su lado y muy especialmente el reconocimiento social de su fertilidad y por lo tanto valoración como mujer-madre que es su máxima aspiración y más elevado prestigio, además de sembrar para cosechar la sobrevivencia en su vejez y la ayuda de mano de obra familiar en general. Dicho rol está asumido desde la infancia, enseñado a su vez por su madre, y practicado a través del cuidado dedicado a sus hermanos menores.

La fecundidad en la madre joven, que entre la inseguridad y la desconfianza debe sacar adelante a la familia, con una participación económica y social fluctuante, y grandes limitaciones materiales e ideológicas; y la dignidad de la madre vieja, con cierto liderazgo y respeto, mayor libertad de movimiento y veneración general ganados por el sobreesfuerzo y la sumisión, y el buen cumplimiento de su rol tradicional a lo largo de toda su vida productiva y reproductiva, son los papeles que la sociedad les asigna a las mujeres.

...Se ha preocupado más por la salud, por los niños y la escuela, y cómo está en el barrio, que es ella la que vive más horas y es la que se encarga de la casa, también lo que tiene que ver con sus familias. (Isabel, León, 1991).

Siempre el tiempo y el esfuerzo de éstas, así como, la responsabilidad en la sobrevivencia material, cultural y afectiva, en la familia, es mayor a la de los hombres, como apuntan muchas respuestas y opiniones de mujeres del reparto. Algunas de las cuales ejercen de madre y padre con sus hijos como afirman, no sin un cierto orgullo, trocado en ocasiones en resignación. Pero también y como extensión de su rol doméstico participan en las actividades colectivas del reparto

en beneficio de su familia, es por ello que también pueden ser calificadas de "la mamá de la comunidad".

Las que se preocupan por la comunidad son las mujeres, porque los varones son bastante irresponsables...casi siempre la mujer, realmente no podría explicar por qué, tienen quizás más tiempo y más lugar para hacer las cosas. (Entrevista Ileana, pobladora León, 1991)

Consideraciones finales

Se ha abordado en este texto los arreglos y desarreglos familiares en el ámbito bibliográfico y documental en Centroamérica y Nicaragua, y se ha corroborado a través de una investigación personal con trabajo de campo, en un reparto popular de la ciudad nicaragüense de León a inicios de la presente década, recabando la información y el testimonio directo de esta realidad.

Lejos de los conceptos jurídicos y las normas morales religiosas establecidas, en la realidad cotidiana de los sectores populares nicaragüenses el modelo familiar nuclear y monogámico no es el más abundante. Razones de índole histórica y cultural superpuestas a condicionamientos económicos y sociales, han recreado varios modelos de familia: familia nuclear, nuclear extendida y monoparental con cabeza femenina, por citar las más importantes. El proceso revolucionario de la década de los años 80, no ha venido a producir cambios en torno al tema (Fernández, 1999).

Un modelo de familia u otro no es bueno o malo por sí mismo, lo que sí es negativo es la imposición de uno o el ocultamiento de la existencia de los otros. Cuando hablábamos de desarreglos familiares no se trataba de un vocablo peyorativo en el sentido de que las familias se desintegran por determinadas circunstancias sociales —lo cual no deja de ser cierto y preocupante—, sino de jugar con el término en el sentido de que el modelo ideal no sólo no es el mayoritario sino que

incluso en ocasiones sería difícil de alcanzar en el caso de que, por supuesto, se deseara hacerlo.

Bibliografía

- Alcaldía de León, 1990. "Encuesta de Río Chiquito" León.
- Buvinic, Mayra, 1990. "Women and Poverty in Latin American and the Caribbean: A Primer for Policy Markers", Washington: BID
- Cenzontle (Organización No Gubernamental), 1989. *Encuesta Nacional* (datos) Nicaragua: Cenzontle.
- CIERA (Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria), 1981. "La mujer semiproletaria. Participación de la mujer en dos hogares semiproletarios, Matagalpa", *Ponencia I Seminario Latinoamericano de Investigación sobre la Mujer*, San José.
- Epema, Elsbeth, 1983. *Fecundidad y nupcialidad en Nicaragua*, San José: CELADE.
- Fauné, Angélica, 1995. *Mujeres y familias centroamericanas: principales problemas y tendencias*. San José: PNUD
- Fernández Poncela, Anna M., 1992. *Las mujeres del pueblo. Espacios, procesos y sujetos: Nicaragua en la década de 1980*. Accésit en el Premio de Ensayo Casa de las Américas 1994 (inédito).
- , 1995. "Crisis, ajuste y pobreza en Centroamérica (1980-1992)" *Boletín Americanista*, año XXXV, no. 45, Universidad de Barcelona, España.
- , 1996. "The Disruption of Adjustment: Women in Nicaragua" *The Journal of Latin American Perspectives*, Issue 88, Volume 23, Number 1, Riverside University of California, United States.
- , 1999. *Mujer, eres. Revolución y cambio cultural (Transformaciones sociales versus modelos culturales persistentes)*. Barcelona: Anthropos.
- FIDEG (Fundación Internacional para el Desafío Económico Global), 1990. "El impacto de las políticas de ajuste sobre la mujer en Nicaragua: Reflexiones de un estudio de caso", Managua.

- , 1991. "El impacto diferenciado de género de las políticas de ajuste sobre las condiciones de vida en el área rural y concentraciones urbanas intermedias", Managua.
- García, Ana Isabel y Gomáriz, Enrique, 1989. *Mujeres centroamericanas*. (2vol.) San José:FLACSO-CSUCA-ONU
- IHCA (Instituto de Historia Centro Americano), 1984 "La familia nicaragüense en proceso de cambio", *Envío*, no. 34, Managua.
- INEC (Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos), 1985. "Encuesta Socio Demográfica de Nicaragua", (ESDENIC) Managua:INEC.
- , 1989 "Encuesta de coyuntura e impacto" y "Nicaragua. Diez años en cifras", Managua.
- , 1992 "Informes", Managua:INEC.
- INIM (Instituto Nicaragüense de la Mujer), 1987. *Mujer y agroexportación en Nicaragua*. Managua:INIM
- , 1989 *Industria de género y mujer en Nicaragua*. Managua:INIM
- Menjívar, Rafael y Trejos, Juan Diego, 1992. *La pobreza en América Central y El Caribe*. San José.
- Morales, Medea, 1989 *Fecundidad en Nicaragua y aspectos socio-económicos. 1963-1983*. Managua:SPP.
- Otero, Maribel; Vanden, Dineke, 1986. *Situación en la IV Región*, Managua:Servicio Holandés de Cooperación Técnica y Social.
- Oviedo, Gonzalo Fernández de, 1977. Historia general y natural de las Indias y Tierra-firme del mar océano. Managua:Banco de América.
- Romero, Germán, 1988. *Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*. Managua:Vanguardia.
- Sejourné, Laurette, 1971. *América Latina. Antiguas culturas precolombinas*. Madrid:XXXI.
- SPP (Secretaría de Planificación y Presupuesto), 1988. "Hacia una política de población" *Seminario Nacional*, Managua.
- Téfel, Reinaldo, 1978. *El infierno de los pobres. Diagnóstico sociológico de los barrios marginales de Managua*. Managua:El pez y la serpiente.
- UNICEF, 1989. *La mujer nicaragüense y la cooperación internacional: datos sobre la mujer a nivel gubernamental y sectorial*, Managua.

- UN (United Nations), 1991. *The World's Women 1970-1990. Trends and Statistics*. New York:UUNN.
- Vilas, Carlos M., 1984. *Perfiles de la revolución sandinista*. La Habana:Ciencias Sociales
- Wheelock,Jaime, 1984. *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*. México:SXXI.